

UN CERVANTISTA POR ENCARGO: GREGORIO
MAYANS Y SISCAR (1699-1781)

Emilio Martínez Mata

UNIVERSIDAD DE OVIEDO Y ASOCIACIÓN DE CERVANTISTAS

Aunque nunca haya sido un apasionado de Cervantes como lo fueron Vicente de los Ríos y John Bowle, Mayans ocupa por derecho propio el rango de primer cervantista de la historia. A él se le debe la primera biografía de Cervantes, la *Vida de Miguel Cervantes Saavedra*, que encabeza la primorosa edición del *Quijote* promovida por lord Carteret y publicada en Londres por J. y R. Tonson en 1738.

Resulta paradójico que el primer estudio dedicado a Cervantes no sea consecuencia de un especial interés por él (precisamente por parte de quien se ocupó en rescatar autores del Siglo de Oro como fray Luis de León y Saavedra Fajardo), sino un encargo del embajador inglés, Benjamin Keene, para satisfacer la petición de lord Carteret, quien creyó necesario preceder su edición de un retrato de Cervantes (lo que no pudo conseguir a pesar de sus esfuerzos) y de su biografía. Si, en rigor, es más un análisis de sus obras que una biografía —Mayans no tenía apenas más datos a su alcance de los que proporciona Cervantes en sus obras—, su *Vida* difundiría algunos aspectos de la biografía de Cervantes al ser traducida y reeditada en numerosas ocasiones, precediendo al texto del *Quijote*, a partir de la traducción inglesa de Ozell (1738) y la edición del *Quijote* de La Haya, 1744. No perdería su vigencia en España hasta la aparición de la *Vida de Cervantes* de Vicente de los Ríos en el *Quijote* de la Academia de la Lengua de 1780.⁽¹⁾

Gregorio Mayans había nacido en Oliva (Valencia) en el seno de una familia noble austracista, es decir, partidaria de los Habsburgos frente a los Borbones en el conflicto que enfrentó a los dos bandos, la guerra de Sucesión, en la disputa del trono español. Tras formarse con los jesuitas, estudió filosofía y jurisprudencia en las universidades de Valencia y Salamanca. En 1723, unos meses más tarde de haberse doctorado, gana en la universidad valenciana la cátedra del Código de Justiniano. Sin embargo, resultará relegado en beneficio de otro candidato en la oposición a unas prebendas universitarias, las pavordías. Piensa entonces en obtener cualquier otro destino, incluso fuera de España. Gracias al cardenal Alonso Cienfuegos, jesuita exiliado por su apoyo al archiduque Carlos, consigue el apoyo del también jesuita Guillermo Clarke, confesor de Felipe V, de quien dependía el nombramiento de los bibliotecarios reales. De este modo, Mayans se incorpora a la Biblioteca Real en noviembre de 1733 y, como el salario resultaba insuficiente, obtiene la promesa del cargo de secretario de cartas latinas a la primera oportunidad. Seguirán varios años de intenso y fructífero trabajo con numerosas publicaciones. De ellas las más destacadas son las que aparecen en 1737: los *Orígenes de la lengua española* y la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, en edición de veinticinco ejemplares. Pero había fracasado en su solicitud para la plaza de cronista de Indias, que estaba vacante, y había perdido la esperanza de obtener la prometida secretaría de cartas latinas.

Mayans tenía diferentes motivos para no sentirse respaldado en la corte: no había conseguido la protección del ministro José Patiño, como pretendía, se había visto involucrado en una agria polémica con el *Diario de los literatos* y, además, el gobernador del Consejo de Castilla, el cardenal Gaspar Molina, había desautorizado la censura negativa de Mayans a la *España primitiva* de Francisco Huerta, basada en un falso cronicón. La consecuencia es que, poco tiempo después, en 1740, Mayans renuncia a la Biblioteca y se retira a su Oliva natal para proseguir sus tareas historiográficas y eruditas, fundamentalmente la publicación de su *Retórica*, de su *Gramática latina* y la edición de los

manuscritos de Nicolás Antonio (*Censura de historias fabulosas*), la poesía de fray Luis de León, la *Opera omnia* del Brocense y la edición latina de las obras completas de Vives, culminada por su hermano Juan Antonio.

Si desde una posición cada vez más idealizada se le ha situado sin reparo dentro de la primera Ilustración española (como hace Antonio Mestre), Francisco Sánchez-Blanco ha mostrado con claridad que la actitud crítica y la desconfianza hacia una historiografía plagada de leyendas fabulosas no otorgan, por sí solas, la condición de “ilustrado”. Los que rompen con los hábitos intelectuales del Barroco en la España de la primera mitad del XVIII, aun cuando pueden coincidir en una común estética neoclásica, ni adoptan una misma actitud todos ellos ni actúan de acuerdo a un mismo sistema de valores. Los primeros ilustrados (“novatores”) y los restauradores como Mayans coinciden en denunciar la decadencia y proponer remedios, pero lo hacen desde posiciones diversas. El primer grupo, pues, sigue la senda del empirismo de Bacon y del escepticismo de Boyle, en cambio Mayans “se sitúa a sí mismo entre los historiadores que, como Nicolás Antonio o el marqués de Mondéjar, quieren escribir “críticamente” la historia civil y eclesiástica de España y mejorar la producción literaria de acuerdo a criterios clasicistas” (Sánchez-Blanco 1999: 154).

Antes del encargo de Benjamin Keene, Mayans no había tenido una dedicación especial hacia Cervantes, si bien le elogia, junto a otros escritores del Siglo de Oro, y celebra el éxito en otros países del *Quijote* en la *Oración en alabanza de las elocuentísimas obras de don Diego Saavedra Fajardo* (1725) y en la *Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española* (1727), en donde demuestra conocer y apreciar sus obras.

La relación con Keene se produce a través de José Octavio Bustanzo y José Bermúdez, como revela su epistolario. Mayans se enorgullece del aprecio que le muestra, aunque adopta algunas reservas porque considera que la protección del embajador inglés en la corte de un rey de origen francés podría serle contraproducente. La estima de Keene se traduce, en octubre de

1734, en la promesa de su apoyo para la edición de las obras completas del arzobispo Antonio Agustín y, al año siguiente, en costear la edición de las cartas latinas del deán Manuel Martí, tareas en las que Mayans tenía un gran interés.

Podemos comprobar que en mayo de 1735 Mayans colabora con el proyecto de lord Carteret buscando ejemplares de la primera edición del *Quijote*, pero solo en mayo de 1736 aparece mencionado el encargo (“Si Milord Carteret quiere que añada yo una breve vida de Cervantes, le obedeceré con mucho gusto, así en esto como en lo demás”). Mayans, que tenía la experiencia previa en el género de dos hagiografías⁽²⁾ y la biografía del arzobispo Antonio Agustín (1734), debió de entregarse a la *Vida* con enorme diligencia y dedicación, porque siete meses más tarde (en diciembre de 1736) la tenía terminada. La *Vida* satisfizo las expectativas de lord Carteret, quien pretendía incorporar al texto un retrato del erudito español.

Los pocos datos biográficos que Mayans proporciona los obtiene de las obras de Cervantes, fundamentalmente los prólogos y dedicatorias y el *Viaje del Parnaso*. Aunque se equivoca sobre su lugar de origen (la mención a Alcalá de Henares la descubriría Juan de Iriarte a mediados del siglo), refiere su condición de soldado en Italia, su heroica actuación en Lepanto (con el resultado de la herida en la mano izquierda) y su cautiverio en Argel. En lo que pone énfasis Mayans es en la imagen del escritor maltratado por sus contemporáneos: rechazado por los grandes señores, desdeñado por los doctos, despreciado o envidiado por los demás escritores y, finalmente, objeto de la murmuración y de la sátira de los envidiosos. En la dedicatoria a lord Carteret justifica servirse de las hojas de sus escritos “para encubrir de alguna manera con tan rico y vistoso ropaje la pobreza y desnudez de aquella persona dignísima de mejor siglo, porque, aunque dicen que la edad en que vivió era de oro, yo sé que para él y algunos otros beneméritos fue de hierro” (p. 3).

Más que una biografía de Cervantes, el estudio de Mayans es un análisis del conjunto de su obra y del *Quijote* en particular. Para mostrarse guiado por el ideal de imparcialidad, uno de los

valores fundamentales en el XVIII, señala algunos reparos: casos de inverosimilitud y anacronismos. Elogia, en cambio, el propósito satírico (dirigido fundamentalmente a los libros de caballerías y a la erudición afectada), la trabazón narrativa y el estilo; un estilo sereno, que considera genuinamente clásico, alabado en contraposición al barroquismo triunfante en las primeras décadas del siglo XVIII.

Con todo, Mayans no llega a percibir el interés narrativo del *Quijote*. Bien al contrario, valora en mayor grado el *Persiles*: “Esta obra [el *Persiles*] es de mayor invención, artificio y de estilo más sublime que la de *Don Quijote de la Mancha*. Pero no ha tenido igual acetación, porque la invención de la *Historia de don Quijote* es más popular y contiene personas más graciosas y, como son menos en número, el lector retiene mejor la memoria de las costumbres, hechos y caracteres de cada una” (§182).⁽³⁾

De un modo sorprendente, Mayans enuncia una interpretación simbólica del *Quijote* (quizá recogiendo ideas difundidas en otros países). Aunque rechaza la pretendida identificación de don Quijote con Carlos V (por la veneración y respeto que le manifiesta Cervantes en muchas ocasiones) y con el duque de Lerma, que le resulta increíble por el riesgo que implicaría para el autor y por su amistad con el conde de Lemos (§144), plantea que la ficción (la “fingida historia”) está representando una realidad (“el alma verdadera”), si bien se exime de explicarla: “Pero, pues Cervantes anduvo tan cauto que encubrió su idea con el velo de la ficción, dejemos estas interpretaciones a la curiosa observación de los lectores” (§143). En otra ocasión, sin embargo, identifica de manera concreta valores simbólicos de la novela: la escualidez de Rocinante sería “símbolo de la debilidad” de don Quijote y el rucio de Sancho, “jeroglífico de la simplicidad” (§38). Además, Antonio Mestre y François Lopez han resaltado la interpretación mayansiana del artificio del manuscrito arábigo de Cide Hamete Benengeli como una burla de Cervantes de las supercherías historiográficas de su época, en las que se utilizaban supuestamente antiquísimos códices en letra gótica, y, en especial, del jesuita Román de la Higuera, autor de una

Historia universal y notable falsificador de la historia eclesiástica.⁽⁴⁾ Una interpretación que sería retomada por Américo Castro, sin citarle, en “El cómo y el porqué de Cide Hamete Benengeli” (*Hacia Cervantes*). En un escrito sin relación con Cervantes, la censura de la *España primitiva* de Javier Manuel de la Huerta y Vega, el erudito valenciano se muestra más rotundo: “No es nuevo fingir originales antiguos para publicar obras que se dicen escritas en tiempo antiguo (...) Miguel de Cervantes Saavedra pintó muy bien a estos embusteros fingiendo que halló la *Historia de don Quijote de la Mancha* escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli”.

Mayans escribió la *Vida* por encargo, lo hizo en unos meses y no desaprovechó la oportunidad de oro que se le brindaba para, sin nombrarlos, desacreditar la opinión favorable al *Quijote* de Avellaneda que habían defendido Blas Nasarre, su superior en la Biblioteca Real y académico de la Lengua, y Agustín de Montiano, miembro de las Academias de la Lengua y de la Historia, con quienes mantenía un soterrado enfrentamiento.

El éxito de la *Vida* resultó inesperado para Mayans, quien, a pesar de enorgullecerse de él, pretendía cimentar su prestigio en obras de carácter jurídico o histórico. Por eso se refiere al éxito editorial de la *Vida* en tono despectivo e irónico; en carta a Burriel de 1751, al mencionar las seis impresiones de su obra, añade: “No hay tal cosa como escribir sobre asuntos populares. Es lástima que no nos hagamos escritores de pronósticos”.

NOTAS

- 1.- De modo significativo, la edición de Manuel Martín de 1782, Madrid, que sigue la de 1777, suprime ahora la *Vida* de Mayans.
- 2.- La *Vida de san Gil Abad* (1724) y la *Vida de san Ildefonso* (1727).
- 3.- Una preferencia por el *Persiles* que se había revelado ya en 1727, en la *Oración en que se exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española*, al comparar a Cervantes con Heliodoro.
- 4.- “Y estos y semejantes artificios son los que engañan a los sencillos lectores y los que nos representa Cervantes fingiendo que el autor de esta obra fue un historiador arábigo y manchego, el traductor morisco y la continuación de la historia por buena dicha hallada y comprada de un muchacho que vendía unos cartapacios y papeles viejos en el alcañá de

Toledo. Pudo ser arbitrario fingir en Toledo tal hallazgo. Pero, a tiempo que Cervantes decía esto, corría muy válido entre la gente crédula haber en Toledo quien tenía una *Historia universal* donde todos hallaban lo que buscaban y aun lo que querían (...) Y, en efecto, aquella historia que trataba de todas las cosas y otras muchas más, esto es, de cuanto querían los que preguntaban algo al que suponían tesorero de la erudición eclesiástica, era una fábula preñada de muchas fábulas”, *Vida* (§50).

BIBLIOGRAFÍA

- Lopez, François, “De *La Célestine* au *Quichotte*. Histoire et poétique dans l’oeuvre du Mayans”, *Bulletin Hispanique*, 80, 1-2 (1988), pp. 215-249.
- Mayans y Siscar digital*, Biblioteca Valenciana Digital (<http://bv2.gva.es>).
- Mayans y Siscar, Gregorio, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, ed. A. Mestre, Madrid: Espasa Calpe, 1972.
- Mestre, Antonio, *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de don Gregorio Mayans y Siscar*, Valencia: Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1968.
- , *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Valencia: Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1970.
- , *Perfil biográfico de don Gregorio Mayans y Siscar*, Valencia: Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1981.
- Pérez Magallón, Jesús, *En torno a las ideas literarias de Mayans*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1991.
- The Private Correspondence of Sir Benjamín Keene*, ed. Sir Richard Lodge, Cambridge: Cambridge University Press, 1933.
- Sánchez-Blanco, Francisco, *La mentalidad ilustrada*, Madrid: Taurus, 1999, pp. 146-179